

Muy de mañana se levantó el lobo, muerto de hambre. Salió de su cueva, estiró el rabo y le sopló el trasero.

«¡Buen día de vianda para el lobo —se dijo—, puesto que me ha soplado el trasero!».

Se echó a andar muy ufano y al poco tiempo encontró un pemil de tocino. Fue a meterle el diente, pero dijo:

—No, que tiene mucha grasa y ha de hacerme daño. Hoy es buen día de vianda y encontraré mucha carne.

Dejó el tocino donde estaba y siguió andando. Llegó a un prado, donde había dos carneros paciando.

—Buenos días, carneritos. Bien dije yo esta mañana que me había soplado el trasero y había de encontrar mucha carne.

—Ah, pues muy bien —dijeron los carneros—. De todas maneras, nos tienen aquí para eso, para que engordemos un poco y comérsenos... Lo mismo nos da que nos coma usted, que nos coman los amos. Pero antes quisiéramos pedirle un favor.

—Ustedes dirán —dijo el lobo, que ya se relamía de gusto.

—Es que andamos discutiendo sobre cuál de los dos llevará la mejor parte de este prado que heredamos de nuestro abuelo, y para que nuestros hijos no anden en pleitos, ahora que vamos a morir, quisiéramos que nos ayudara a partirlo.

—Eso está hecho. Con tal de que después me los coma...

—Mire, si le parece, nos vamos a ir cada uno de nosotros a una punta del prado. Desde allí echamos a correr y el que llegue primero adónde está usted, ése lleva la mejor parte.

Se mostró de acuerdo el lobo y en seguida los dos carneros se fueron cada uno a una punta del prado. Desde allí echaron a correr con todas sus fuerzas, y con tan buen tino, que llegando al mismo tiempo los dos pillaron al lobo en medio. Tan gran topetazo le dieron, que le quebraron siete costillas.

Cuando el lobo pudo levantarse, dijo:

—¡Quién me mandaría a mí no comerme aquel pemil de tocino y meterme a partidador de prados! Pero hoy es un buen día de vianda para el lobo, porque me sopló el trasero.

Y siguió adelante, anda que te anda, hasta que llegó adonde estaba la yegua con su potrillo.

—¡Buenos días, señora yegua! ¿Qué hace usted por aquí?

Y le contestó la yegua:

—Pues nada, a ver si pillo un poco de hierba.

—Pues mire usted, que en eso de comer ando yo muy mal. Todavía no he almorzado —dijo el lobo—. Y como no hay que despreciar lo que se tiene delante, ahora mismo me voy a comer a su potrillo.

Y la yegua le dice:

—Pues mire usted, compadre lobo, si no hay otro remedio... Pero, como no quiero verlo, me voy a alejar. Lo malo es que hace tres días que tengo una espina clavada en esta pata, y no puedo andar. Si usted fuera tan amable de quitármela, podría irme para no ver cómo se come usted a mi potrillo.

—Está bien. A ver esa pata.

Levantó la yegua una pata y, en el momento en que el lobo se acercaba a mirarla, le dio tan soberbia coz en el hocico, que le partió varias muelas y estuvo rodando un rato por el suelo. La yegua y su potrillo echaron a correr, y cuando el lobo pudo levantarse, dijo:

—¡Quién me mandaría a mí no comerme aquel pemil de tocino, meterme a partidador de prados y a veterinario después! Pero hoy es buen día de vianda para el lobo, porque me sopló el trasero.

Conque siguió andando, con mucho trabajo y cada vez más hambriento, cuando llegó a un corral donde había unas cabras.

—¡Buenos días, cabritas! —les dijo el lobo—. Vayan ustedes rezando lo que sepan, porque van a morir.

—¡Ay, señor lobo! Precisamente en eso estábamos. Cantando unas vísperas. Si a usted no le importa, podríamos acabarlas, y así subiremos derechitas al cielo. Y si quiere usted acompañarnos, mejor será.

—No estoy yo para muchos cantos —dijo el lobo—. Pero todo sea porque mueran contentas.

No acabó de decirlo cuando se pusieron las cabras: «¡Báaaa, báaaa, báaaa!». Y el lobo: «¡Aúuu, aúuu, aúuu!». Claro, tal estrépito formaron en el corral, que en seguida acudieron los pastores con piedras y palos. Y le dieron al lobo tal pelliza, que por poco no deja allí el pellejo.

Cuando pudo recuperarse, ya lejos del corral, dice:

—¡Quién me mandaría a mí no comerme el pemil de tocino, meterme a partidor de prados, a veterinario después y ahora a sacristán! Pero hoy es buen día de vianda para el lobo, porque me sopló el trasero.

Y siguió adelante como pudo, y anda que te anda llegó a orillas del río. Había allí una cerda bebiendo agua con sus cerditos, muy cerca del molino. Dice el lobo:

—¡Ay, señora cerda, que vengo muerto de hambre y no tengo más remedio que comerme a sus lechoncitos!

—Pues qué se le va a hacer —dijo la cerda—. Si se los ha de comer usted, cómaselos. Tan sólo le pido que me ayude a bautizarlos, para que mueran santos.

—Bueno, bueno. Pero que sea de prisa, porque me caigo de hambre.

La cerda, que vio al lobo tan debilucho, le dijo:

—Mire usted, compadre lobo. Usted se pone en el canal del molino, con una pata en cada lado, y yo le voy dando los cerditos. No tiene usted más que echarles un poco de agua, y ya está.

Pues así lo hicieron. La cerda le fue dando los cerditos, y el lobo los fue bautizando. Pero cuando la cerda tuvo al último fuera de la pila, le dio un empujón al lobo en el hocico, y aquél cayó en la corriente, que lo llevó hasta las palas del rodezno. Allí empezó a dar vueltas, vueltas, y decía el lobo:

—¡Déjame, rodete,

déjame y dejaréte!

¡Ay, rodeznín, rodeznón,

que no quiero cerdos, non!

Y claro, con tanto jaleo, acudió el molinero con ánimo de pegarle una buena paliza al lobo. Pero éste todavía pudo escaparse, y medio ahogado como iba, llegó a un pinar y se echó a los pies de un pino, diciendo:

—¡Quién me mandaría a mí no comerme el pemil de tocino, con lo bueno que estaba, meterme a partidor de prados sin ser testamentario, a veterinario sin haber hecho la carrera, a cantar vísperas sin ser sacristán y a bautizar sin ser cura! ¿No caerá un rayo que me parta?

Y en diciendo esto, un leñador que estaba en lo alto del pino y que lo había visto llegar tiró el hacha, con tan buena puntería, que fue a clavarse por el filo en la cabeza del lobo, y lo mató. Y colorín colorao, este cuento se ha acabado.